



La corrupción

La baja calidad de nuestros políticos es un reflejo de la baja calidad de todos nosotros. Estamos muy contentos con ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. La prensa en general se apunta a la demagogia. No son conscientes del peligro de la salida demagógica contra la corrupción que nos llevaría a más populismo, hoy el enemigo más letal de nuestra democracia.

La codicia y la ambición están dentro de nosotros, son previas a cualquier ley o a cualquier organización. Obviamente habrá normas y modos de organizarse en los que a la codicia le resultará más fácil salirse con la suya. Pero tal vez perdemos el foco del problema si creemos que la ambición y la avaricia dejarán de estar ahí con más regulaciones.

La codicia está asida a la propia naturaleza humana, entiéndase como llave para alcanzar poder, notoriedad, proyección social, con el menor esfuerzo posible. La codicia es transversal y vertical: la encontramos en toda la escala social, entre los de arriba y entre los de abajo. Si no tenemos conciencia fina, recto criterio y voluntad firme para no ceder ante la más mínima tentación de apropiarnos de lo que no nos corresponde, todos podemos caer en prácticas corruptas. Se empieza por perder sensibilidad en lo pequeño y se termina por codiciar lo grande.

Las empresas potentes ofrecen a las administraciones ingentes cantidades de productos y servicios, necesarios para su cometido. De las decisiones que tomen determinados responsables (políticos y/o funcionarios) dependen en gran medida la viabilidad de los ofertantes, y lógicamente son sus objetivos centrales, a los que quieren ablandar, para más tarde ofrecerles gabelas y compensaciones, como agradecimiento a la mejora, cierta, de su cuenta de resultados.

Los corruptores siempre se justifican, diciéndose que su competencia hace lo mismo, y que si no, no trabajarían con consecuencias graves para sus trabajadores. Eso sí no se olvidan de incluir el sobre coste de las gabelas en sus presupuestos que perjudica a todos. Ni antes todo el mundo era

bueno, ni ahora la corrupción impregna a todo y a todos. Ahora muchos ponen a todo el mundo bajo sospecha. Hoy conocemos lo pernicioso que ha sido para la libertad de todos nosotros, el pretender construir un cielo en la tierra. Lo inteligente es aceptar que siempre la realidad es y será imperfecta y que se puede y se debe ir reformándola, mejorándola, hasta el fin de los tiempos.

Tenemos una cantidad ingente de cargos, organismos, puestos, estructuras y burocracias a través de los que se manejan ingentes cantidades de dinero que no son de los que las manejan.

Lo que no funciona no son solo los sistemas de control, las normativas y los organismos supervisores. Porque si el mal se encuentra en todos los partidos a lo mejor lo que no funciona es el ser humano.

La Justicia española es lenta -garantista- pero al final funciona. Personajes prominentes: familiares del Rey, ex ministros, ex presidentes de la patronal, ex presidentes autonómicos, famosos están condenados, un 70 % de los encausados por corrupción terminan cumpliendo penas.

Tenemos tendencia a olvidarnos de los datos positivos de nuestra sociedad. Sin esperanza nuestro quehacer cotidiano se complica mucho más. En general sobran agoreros, los españoles tenemos muchos problemas no sólo económicos, sino de regeneración democrática y de agresividad secesionista. Los españoles cuando criticamos lo hacemos apasionadamente y con bastante sectarismo. Necesitamos un juicio más ponderado.

Necesitamos medidas cautelares y contrapesos para controlar al poder. Jueces vitalicios en ciertos puestos claves. Medidas inspiradas en que no todo el mundo es bueno, sino que la tentación es fuerte y la carne débil. Debe de haber más controles en el ámbito político, prohibir la publicidad institucional que facilitará una prensa más libre. Más educación y sensibilidad para denostar la apropiación de lo ajeno. Necesitamos Agencias de Control Externo de las Administraciones. Lord Acton dejó dicho que todo poder corrompe y el poder absoluto, corrompe absolutamente.

En España existe como en todos los sitios una oligarquía, al margen de la representatividad democrática. Los que mandan son: los staff del PP y PSOE; los empresarios subvencionados, privilegiados, concesionados o rescatados por el Estado a costa de los contribuyentes y de sus competidores; los sindicatos y patronales que pastan en el presupuesto

del BOE. Todos ellos son los burócratas que deciden unilateralmente sobre muchos aspectos de nuestras vidas.

Sabemos del control oligárquico de los más poderosos sobre los más débiles. Reflejo de nuestra debilidad democrática es que los partidos son responsables de la politización de los órganos del Gobierno de los Jueces y de la judicialización de la política; el papel jugado por los grandes grupos mediáticos es poco edificante por su constante connivencia con los políticos; las grandes corporaciones son muy sensibles a las decisiones de las administraciones que controlan un tanto % por encima del 40% del PIB. Todo esto deteriora la calidad de nuestra democracia.

Todos no somos iguales, vemos todos los días como los poderes fácticos, los grandes poderes económicos: representados por los principales bancos, las grandes empresas eléctricas, las grandes constructoras de obras públicas, los altos funcionarios del Estado, los staff de los dos partidos hegemónicos, los principales grupos de comunicación, los staff de las patronales y sindicatos: han cortado el bacalao antes de la crisis, lo siguen haciendo ahora y lo continuarán cortando en el futuro, ellos o sus sustitutos.

Muchos españoles no creen que los que dicen que erradicaran la corrupción de la Casta lo consigan, por la sencilla razón que ellos quieren reemplazar la casta de PP y PSOE por la casta de Podemos e IU, como vemos en Venezuela. No somos tan ingenuos como para pensar que el pueblo pueda fiscalizar las millones de decisiones administrativas que diariamente adopta un cuerpo de 3 millones de empleados públicos.

La idea de que el pueblo gobernará es falaz: el pueblo forzosamente delegará la práctica totalidad de los poderes del Estado en los políticos profesionales y en un número reducido de funcionarios -con sus propias agendas políticas, económicas e ideológicas - constituyendo en todo caso una nueva casta. Ellos y los grupos de presión que los rodean y los presionan con el ánimo de imponer sus intereses sobre el conjunto de la sociedad.

La codicia hay que combatirla aplicando la Ley cuando rompe los límites de la legalidad. Pero hemos olvidado que lo más eficaz contra la corrupción son los Principios Morales. En los tiempos de la locura crediticia parecía que haber sido honrado era haber sido tonto. Necesitamos recuperar lo que en nuestra civilización llamamos los Diez Mandamientos, que el séptimo dice **"No robarás"**, y el décimo **"No codiciarás los bienes ajenos"**. Lo primero, que hay que retomar es la importancia de la Moral,

necesitamos educar en Valores, necesitamos dar ejemplo de los mismos en nuestra vida cotidiana.

Atentamente,

Paz y risas.